

NOE CASADO EN TUS BRAZOS

Por la autora de
Treinta noches con Olivia



En tus brazos

Noe Casado

Esencia/Planeta



Hay días en que, cuando te levantas, jamás puedes llegar a pensar en lo mucho que se torcerán las cosas.

Desarreglada como nunca había estado antes, entró a trompicones en el ascensor; cuanto antes saliera de allí, mejor. Nicole no reconoció a la mujer que reflejaba el espejo del fondo, y no era únicamente por el aspecto desaliñado: el espejo devolvía la imagen de una persona en sus horas más bajas. Los ojos vidriosos, el pelo de cualquier manera... intentando, sin éxito, contener las lágrimas.

Llorar no era una opción viable. Ella jamás derramaba una lágrima, ni mostraba sus sentimientos en público. Sabía mantener una expresión neutra, por muy mal que anduviesen las cosas; se había enfrentado a jurados hostiles, a abogados tramposos y a una madre omnipresente y controladora. ¿Qué más daba un rechazo?

Pero haber sido rechazada por Aidan debía considerarse un fracaso. Y ella no estaba ni acostumbrada ni preparada para ello.

La primera de la clase, delegada de curso, una carrera plena de éxitos como abogada, bufete propio... ¿Todo eso servía en momentos como éste?

—Maldita zorra entrometida —murmuró con desprecio.

Tenía que aparecer en ese preciso instante, cuando Aidan estaba, más o menos, convencido; lo había mirado de reojo y pudo ver la excitación en su rostro, los recuerdos y, cómo no, tenía delante la prueba evidente de que él de ninguna manera podía disimular que la deseaba.

Quien no se arriesga, no gana; sólo que en este caso Nicole había arriesgado para perder.

Nunca antes había llegado tan lejos, en su cabeza resonaban las palabras que su madre había repetido hasta la saciedad: «Los hombres están para pedir y las mujeres, para negar».

Guiada por estas palabras, había obrado en consecuencia. Podía dejarse seducir, pero nunca ser la parte seductora; siempre que había accedido a dejarse llevar a la cama era simplemente porque no podía negarse más (no se puede decir que no eternamente) o porque era lo que se suponía que debía hacer. Jamás había sido ella quien llevase la iniciativa. Las relaciones «íntimas», como las denominaba su madre, siempre eran una obligación, una forma de compensar a un hombre por haber hecho exactamente lo que una pretendía, una especie de recompensa, pero nunca una recompensa propia.

Olvidando su buena educación, salió del ascensor sin saludar a la mujer con la que se encontró, y huyó hacia la calle. Su coche estaba aparcado enfrente, sólo unos metros más y podría desaparecer.

Aún no había oscurecido del todo, así que, oculta tras sus enormes gafas de sol, echó a andar, tambaleándose sobre los tacones de aguja, a los que no estaba acostumbrada como debería.

Llegó a su Audi TT descapotable gris y buscó las llaves en el bolso. Abrió con el mando a distancia y se dejó caer en el asiento.

Durante unos minutos, con los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás, permaneció sentada, respirando o más bien intentando controlar la respiración tal y como hacía en sus clases de yoga.

No iba a llorar. De ninguna manera.

—Eres una imbécil —se dijo mirándose en el retrovisor.

En ese momento era así como se sentía.

Arrancó el motor y metió la marcha atrás. Pisó el acelerador y el coche se movió, pero apenas medio metro, pues oyó el ruido inconfundible del metal contra el metal. Giró la cabeza: una enorme camioneta negra estaba pegada a su parachoques trasero.

—Lo que me faltaba... —gruñó, dando un golpe al volante que hizo sonar la bocina, asustándose a sí misma.

Volvió a mirar y se fijó con más detenimiento: era una de esas camionetas horribles y estaba bastante sucia, probablemente un ara-

ñazo más no se iba a notar. No era cívico largarse sin detenerse, pero hoy no era el día del civismo.

Metió la primera y separó el vehículo; tampoco avanzó mucho, un contenedor se lo impedía, así que, resoplando, giró el volante para aprovechar al máximo el espacio y echó marcha atrás, volviendo a golpear la maldita camioneta negra.

—Mierda —soltó enfadada. Estaba encajonada; cualquier otro día eso hubiera sido una anécdota, hoy era una maldición.

Contuvo las lágrimas, nunca lloraría, jamás de los jamases.

Se colocó bien las gafas y paró el motor del Audi. Pediría un maldito taxi. Agarró con brusquedad su bolso para buscar el móvil...

Unos golpecitos en el cristal llamaron su atención. Lo que faltaba, un ciudadano de esos «responsables» la había visto.

Respiró profundamente, dispuesta a quitarse de encima cuanto antes a esa persona, y bajó el cristal de la ventanilla.

Un hombre con pinta desaliñada la miraba arqueando una ceja.

—¿Suele maniobrar con el coche guiándose por el sonido?

—¿Perdón?

Nicole lo preguntó irritada ante el tono burlesco del tipo. Escondida tras las gafas de sol, que ya iban siendo innecesarias, lo observó con más detenimiento. Tenía la pinta de uno de esos tipos de clase baja, con barba de tres días, vaqueros desgastados y una camiseta de publicidad deformada debido a la mala calidad.

No tenía ganas ni tiempo de entablar una conversación y menos aún con un tipo así; se las había visto con maleantes de todas las clases como para saber que dar explicaciones serviría de muy poco.

—No se preocupe —aseveró el hombre—, tomaré los datos del seguro rápidamente.

—¿Cómo?

El hombre se apartó a tiempo para no llevarse un buen golpe cuando Nicole abrió bruscamente la puerta del conductor; ella observó la cochambrosa camioneta a través del retrovisor y sacó medio cuerpo del coche.

—Necesito los datos de su póliza de seguros —dijo el hombre

mirándola y avanzando hacia ella con una pequeña carpeta en las manos—. No ha sido gran cosa, así que supongo que no perderá las bonificaciones.

Ella se bajó del Audi y no calculó bien, pues tropezó al ponerse en pie sobre esos malditos tacones.

—¡No me toque! —chilló apartándose cuando él fue a sujetarla.

—Perdón, señora —se disculpó él, levantando las manos.

Nicole se movió hacia la parte trasera para ver los supuestos daños. Sí, el parachoques trasero del Audi estaba enganchado al parachoques de la fea camioneta. Toda la frustración acumulada le hizo darse la vuelta y mirar con odio al individuo.

—Ni hablar. —Miró de nuevo al hombre; iba listo si pretendía que ella le diese dato alguno—. No ha sido para tanto.

—Ha golpeado mi camioneta, señora —dijo él con infinita paciencia—, dos veces... Arreglemos esto pacíficamente.

—Y una... mie... porra —se corrigió Nicole—. Usted ha aparcado mal. —Él arqueó una ceja ante la actitud agresiva de ella—. No voy a pagarle un parachoques nuevo.

—Mire, seamos prácticos, sólo ha sido... —Su voz se detuvo cuando ella levantó las gafas de sol y se las colocó sobre la cabeza; la mujer estaba a punto de llorar y se fijó en la vestimenta: llevaba la blusa puesta del revés y las costuras de la falda giradas... O se había vestido muy de prisa o era una nueva moda.

—¿Qué? —increpó ella, poniéndose la mano en la cadera; su blusa mal abrochada se movió tensando la tela sobre su pecho—. ¿Qué está mirando?

—Tranquílcese —acertó a decir. Cielo santo, ¡qué fiera!

—¿Que me tranquilice? Váyase a hacer puñetas —le espetó con rabia—. Esa mierda de camioneta —señaló con un dedo el vehículo— es chatarra, así que va listo si piensa que voy a dar parte al seguro.

Él la miró estupefacto; joder con la señoritinga, vaya carácter, y qué morro le estaba echando.

—Vamos a ver. —Se pellizcó el puente de la nariz—. Mi camioneta está perfectamente aparcada, usted la ha golpeado, así que deje

de hacerse la chulita y saque los papeles —afirmó con una serenidad que estaba a punto de perder.

—¿Sabe qué? —Por primera vez en su vida, hizo el gesto universal de «vete a tomar por el culo»—. Y haga el favor de apartar de mi vista ese montón de chatarra —remató con altanería.

—¡Está loca! —exclamó mirándola con los ojos entrecerrados. Se había topado con una demente—. Haga el favor y solucionemos esto de una pu... —se calló para evitar palabras malsonantes y que la situación no se caldeara— de una vez...

Nicole vio cómo ese hombre se acercaba a ella con la clara intención de intimidarla. Retrocedió, más que nada para poder seguir mirándolo a la cara sin tener que elevar la cabeza; ese gilipollas era demasiado alto, y eso que Nicole medía uno setenta y, con los malditos tacones, aún más.

—¿Sabe lo que pienso? —El hombre cruzó los brazos y la miró con actitud despectiva, como diciendo: «Di lo que quieras, que haré lo que me dé la gana»—. Que usted es uno de esos caraduras que pretenden beneficiarse de los buenos ciudadanos. Está claro que es un muerto de hambre y ha visto este coche. —Señaló el Audi—. Y ha pensado... mira qué bien, una tonta a la que timar...

—¿Pero qué dice? —preguntó él estupefacto ante las acusaciones de ella.

—La maldita verdad, estoy acostumbrada a vérmelas con tipos como usted a diario en mi trabajo.

Lo repasó de arriba abajo, en una actitud chulesca, como si quisiera avergonzarlo por su vestimenta. Pero esta vez falló, pues él no se amedrentó.

—¿Se dedica a golpear vehículos bien aparcados?

—Muy gracioso. No, soy abogada y si no me deja en paz ahora mismo...

—Vaya, una picapleitos —dijo con voz burlona—, entonces se entiende la mala hostia.

Ella ni se inmutó ante ese lenguaje tan vulgar.

—No se burle, papanatas —lo insultó sin más.

—¿Papanatas? —Él aguantó la risa—. ¿No se le ocurre nada mejor... *abogada*?

—Es usted un... un...

—¿Un? —la provocó él. Si la abogada pretendía que se amilanasen o que se fuera con el rabo entre las piernas, iba lista.

Nicole estaba fuera de sus casillas; encima tenía el descaro de burlarse de ella; quería timarla y se reía. Con esa pinta de maleante, sólo le faltaban un par de tatuajes desdibujados en uno de esos impresionantes bíceps para confirmarlo.

Decidida a no seguir con esa absurda discusión, le dio la espalda, dispuesta a subirse a su coche y dejarlo con la palabra en la boca.

Se acercó a su Audi pero no controló bien los pasos, pues el tacón derecho se encalló en una rendija de la acera, haciéndola perder el equilibrio y caer de rodillas. Gimió al notar cómo la piel, escasamente protegida por las finas medias, se arañaba. Echó las manos hacia delante para controlar la caída, pero únicamente consiguió despellejarse también las palmas.

Las lágrimas que había estado conteniendo hicieron acto de presencia; había llegado al límite de su resistencia, esa caída no era ninguna metáfora, era la cruda realidad.

—¿Está bien?

Nicole oyó la pregunta a sus espaldas y notó cómo el hombre se agachaba a su lado y posaba una mano en su hombro. No quería la maldita compasión de nadie.

Abochornada, se llevó las manos sucias a la cara y se limpió las lágrimas mientras dejaba que el pelo le tapara el rostro.

—¿Está bien? —repitió él entregándole un pañuelo. Todo con cautela, pues a lo mejor la fiera le respondía con un manotazo.

Ella lo aceptó sin mirarlo y con un gesto brusco, a saber qué catálogo de gérmenes tenía ese pañuelo, pero se sorprendió al limpiarse la nariz: olía a colonia de hombre y estaba suave.

El hombre se arrodilló frente a ella para evaluar sus heridas.

—Está sangrando. —Señaló sus rodillas y después se puso en

pie—. Ahora vuelvo, en ese montón de chatarra tengo un botiquín de primeros auxilios.

Nicole no le prestó atención; quiso levantarse, pero no lo hizo; se sentó en la acera y estalló en lágrimas, un llanto muy parecido al de un niño, hipando, sollozando y sonándose la nariz.

De repente notó una mano grande sobre su rodilla izquierda.

—Déjeme ver.

Levantó la vista y lo miró a los ojos; él estaba allí, arrodillado junto a ella, con cara de preocupación, a pesar de las lindezas que ella le había soltado. El hombre le dedicó una sonrisa comprensiva y empezó a limpiar la herida.

—¿Pero qué hace? —Intentó apartarse.

—Desinfectar la herida, nunca se sabe qué tipo de bacterias pululan por ahí.

Ella hizo una mueca al sentir el escozor.

—No es necesario.

—Yo creo que sí, aunque sería mejor si pudiera quitarse las medias, están destrozadas.

Nicole abrió los ojos como platos. ¡Qué descaró! ¿Quién se creía que era ella? ¿Una cualquiera?

—No —respondió tajante.

—Pues debería —dijo él tranquilamente—. No sea niña, no me voy a desmayar por ver unas piernas desnudas. —Aunque tengan una pinta excelente, añadió para sí.

«Esto no puede estar pasando, esto no puede estar pasando», se repetía una y otra vez. Sentada en el suelo, con un desconocido arrodillado a su lado y que pretendía que desnudara sus piernas, aunque... jo... pe, era lo más lógico, dadas las circunstancias.

Miró de reojo al hombre; seguía allí junto a ella mostrando una paciencia infinita, lo cual era sorprendente porque hacía unos minutos ella le había hablado de forma grosera. Cambió de postura y, ya qué más daba, se sentó sobre su trasero y estiró las piernas.

Estalló y, ahora sí, tuvo una crisis de llanto.

2



—Eh, eh, tranquila. —El *vagabundo* le dio unas palmaditas en la espalda...

Nicole no le prestó atención. En otras circunstancias, que un desconocido la tocara, la hubiera hecho saltar inmediatamente y apartarse, además de soltar alguna que otra perla.

En ese momento hasta lo agradecía; en su entorno los gestos afectivos resultaban escasos, por no decir nulos.

—Yo... —tartamudeó—. Yo...

—Ya lo sé, tiene un mal día —añadió él en tono comprensivo—. No se preocupe por eso, lo que sí debería importar ahora es curar esas heridas.

—Pero ¿qué hace? —inquirió entre sollozos, intentando controlar su inminente crisis de llanto, al notar unas manos subiendo su falda.

—Evidente, ¿no cree? —De repente se quedó paralizado al palpar el borde de unas medias sujetas con ligas—. Joder...

—Déjeme a mí. —Nicole apartó sus manos y ella misma intentó desenganchar las ligas.

El problema no era quitarse las medias, el problema era hacerlo sin enseñar nada, así que empezó a retorcerse. No podía ponerse de rodillas para soltar las ligas traseras, así que se inclinó primero a un lado y después al otro.

Él no quería mirar: era el *striptease* más antierótico que había presenciado en su vida; aun así, todo el proceso tenía un extraño componente, algo que lo inquietaba, lo cual hizo que ahogara un gemido. Ver unas piernas desnudas a esas alturas de la vida debía ser

como ver llover, pero no era así; inexplicablemente se estaba excitando. Bajo esas medias aparecieron unas piernas de primera categoría, con un tono ligeramente bronceado, lejos de esas piernas blanquecinas que algunas mujeres lucían como si se tratase de dos tubos fluorescentes encendidos.

—Bueno —carraspeó tras ver cómo ella arrojaba las destrozadas medias a un lado—, ahora voy a curarla; esto escuece, aviso, así que quédese quieta.

—Va... vale.

Desinfectar la herida como era debido implicaba tocarla, y tocarla implicaba problemas. Si bien se moría por comprobar si esas piernas eran tan suaves como aparentaban, temía no poder controlarse.

Empapó una gasa en yodo y lo aplicó sobre los rasguños. Nicole, en respuesta, le clavó las uñas en la muñeca.

—Tranquila —gruñó él entre dientes—. Ya se lo advertí.

—Lo sé —murmuró ella sin soltarlo—, lo siento.

La miró de reojo; ya no parecía la mujer peleona de hacía diez minutos: su voz, ahora más suave, bien modulada, algo quejumbrosa por los efectos del llanto, lo llevó a la conclusión de que, efectivamente, era una abogada poco acostumbrada a caerse en la calle y hablar con extraños.

Mientras continuaba limpiándola, ella se mantenía quieta, aunque podía ver cómo se aguantaba las ganas de protestar.

—Bueno, esto ya está. —Se acercó e hizo un montoncito con las gasas sucias—. Por cierto, me llamo Max. —Y le tendió la mano.

Ella levantó la vista y clavó sus ojos llorosos en él, parpadeó y bajó la vista hacia la mano que él tendía. Con timidez, se la estrechó.

—Nicole —dijo ella sin soltarle la mano y volvió a llorar desconsoladamente. El motivo no eran los rasguños.

Max no sabía qué hacer con esta mujer; bueno, en general no sabía qué hacer con las crisis de llanto de las mujeres. Lo que sí sabía es que ofrecer soluciones era perder el tiempo.

De repente y sin saber cómo, se encontró abrazándola, con ella

llorando y empapando su camiseta, calmándola en silencio, sentados en la acera y acariciando su espalda.

—Todo me sale mal —comenzó a decir ella con la voz amortiguada—, sólo quería demostrarle... ¿Cómo he podido ser tan idiota?

¿Qué podía responder a eso? Básicamente nada, ya que no comprendía las palabras de Nicole. Aun así, sentenció:

—Todos cometemos errores. —Se sintió inmediatamente el estúpido número uno del reino.

—Había planeado todos los de... detalles, pero no contaba con la aparición de esa... zorra.

Uy, esto se ponía interesante.

—Yo sé que le hice daño... —Buscó algo con lo que limpiarse la nariz y Max le ofreció de nuevo su pañuelo—. Íbamos a casarnos. —Se sonó la nariz—. Pero yo lo dejé plantado. —Otra crisis de llanto igual o superior a la anterior.

—¿Te fue infiel? —inquirió él recurriendo a un clásico en lo que a rupturas se refiere.

—¿Quién? —Le miró un instante a los ojos, pero en seguida desvió la mirada—. ¿Aidan? Imposible. —Nicole dejó de preocuparse por su estado—. Él siempre estuvo pendiente de mí. Fue culpa mía.

—Entonces... ¿Le pusiste tú los cuernos?

—¡No! —respondió visiblemente molesta por la insinuación.

—Ah.

—Lo dejé porque... —le miró a los ojos, sollozó con ganas y dijo—: se hizo policía.

Max, tras la inicial expresión de incompreensión, contuvo una sonrisa. Tanto dramatismo para tan poco drama.

—Yo sabía —continuó ella— que Aidan me quería, por... por eso intenté recuperarlo.

—Y apareció la zorra —concluyó Max, y ella asintió fervorosamente.

—Como hombre, Aidan tiene necesidades y yo... —Tragó saliva—. Yo nunca supe satisfacerlo. —Max hizo una mueca—. Pero hoy estaba dispuesta a todo.

—¿Y él te rechazó? —preguntó cada vez más interesado en las cuíitas amorosas de la abogada.

Nicole negó con la cabeza.

—Estaba... estaba a punto de hacerle...

—¿Qué estabas a punto de hacerle? —inquirió deseoso de conocer el resto de la historia.

—U... una felación —tartamudeó.

Madre del amor hermoso, vaya temita, pensó él, esto se ponía cada vez más interesante. Puede que el término *felación* sonara demasiado técnico, pero seguía siendo un tema apasionante.

—Ella nos interrumpió. —Nicole ya no podía parar—. Y se interpuso entre los dos. —Otro estallido de llanto.

—¿Había llamado a una prostituta?

—No, ella es... oh, no sé lo que es... Había preparado todo, incluso leí algunos libros para hacerlo bien, pero...

—Joder. —Fue lo único que acertó a decir Max.

Aquella conversación debía acabarse, no por falta de interés, sino porque atentaba peligrosamente contra su autocontrol. Tenía a Nicole entre sus brazos sollozando mientras escuchaba cómo había intentado hacerle una mamada a su exnovio... Decididamente peligroso.

—¿Aceptas un consejo?

—Bu... bueno —murmuró ella sin estar convencida del todo.

—Vete a casa, date un buen baño y olvídate del día de hoy.

—No es fácil.

—Inténtalo. Ven. —Se despegó de ella poniéndose de pie—. Llamaré a un taxi. No estás en condiciones de conducir.

—¡Ay, Dios mío! —gritó ella.

—¿Qué pasa ahora?

—He sido una desconsiderada, tu coche...

A buenas horas...

—No te preocupes ahora por eso. —Se agachó y recogió los zapatos de tacón, tendiéndoselos—. Toma...

—No. —Ella los agarró y, tras mirarlos con disgusto, los tiró al contenedor.

—¿Vas a tirar unos Manolos?

Lo miró por encima del hombro, sorprendida; que un tipo así distinguiera unos zapatos de marca era poco menos que extraño.

—No quiero volver a verlos.

—Pero no vas a andar descalza.

Ella caminó renqueante hasta su Audi, abrió el maletero y sacó unos prácticos zapatos de tacón bajo. Una vez puestos, volvió junto a él.

Se inclinó sobre la puerta y sacó su bolso, buscó dentro y extrajo una tarjeta.

—Te pido disculpas por mi comportamiento, ha sido imperdonable, nunca antes me había comportado así.

—No pasa nada.

—Insisto. —Le ofreció de nuevo la tarjeta, aunque su tono volvía a parecerse al habitual.

—Vale. —Max la tomó y sin mirarla se la guardó en el bolsillo trasero de los vaqueros.

—Llama a mi oficina y arreglaremos los papeles. —Dicho esto, sonrió tímidamente y se sentó al volante del Audi.

—Creo que no deberías conducir.

Nicole le dedicó otra sonrisa triste y señaló un edificio.

—Vive allí, no quiero que piense que lo acoso. —Arrancó el motor, maniobró con tranquilidad y efectividad, sin rozar su camioneta, sorprendiéndole y dejándole allí de pie mirando cómo se alejaba el pequeño deportivo.